

LA VISIÓN COMUNICABLE

por *Rosamel del Valle*

PRÓLOGO

por *Juan Carlos Mestre*

He aquí la linterna de piedra, al desconocido huérfano de las generaciones, iluminando el mito de su resurrección tras la travesía órfica. Nace como Moisés Gutiérrez y es noviembre de 1901. De un amor juvenil, Rosa Amelia del Valle, una obrera que trabajaba en un taller de costura, proviene la fundación poética y comunicable de su nombre: Rosamel del Valle. Hacia los dieciocho, algún amigo lo recuerda alto y espigado, el rostro levemente moreno, con más de algún rasgo tropical, ligero bozo, ralo. Apenas una sombra. Muerto su padre, la necesidad le obliga a buscar su primer oficio, se entinta las manos y baraja el alfabeto como operario tipográfico en una imprenta de discretas letras, trabajo que comparte con el de reportero del diario La Nación, segundo suceso magnético que lo sitúa ante la descripción alucinatoria de las crónicas callejeras de Santiago de Chile, su ciudad natal. Durante esa época vive con su madre, Honorita, y tres hermanos menores: Juan, Sergio y Rubén en la casa 31 de una cité con doble entrada, por la calle San Francisco 328 y Eleuterio Sánchez, paraíso mundano de horizontales y otras mozas de fortuna. Sus próximos recuerdan también la muerte sucesiva de varias hermanas pequeñas que, con regular precisión, abrían tristes grietas de luto en la familia. Antes de cumplir los veinte publica su primer libro, Los poemas lunados, del que existen misteriosas noticias pero no ejemplares. Poco después, en 1923, conoce a Humberto Díaz-Casanueva, quien será su amigo de leyenda hasta más allá de lo mortal.

Como Nerval, sabía Rosamel que el universo está en lo oscuro y a sus rebeldes meteoros se entrega; una noche conoce al planeta Neruda, otra al fugaz Alberto Valdivia, a Alberto Rojas Jiménez, Ángel Cruchaga -más tarde marido de Albertina Azócar, primer amor de Neruda-, Raúl Fuentes, Omar Cáceres, Federico Ricci, Rubén Azocar... Años pródigos de la gran poesía chilena durante los que la mágica existencia de Rosamel del Valle transcurre próxima al atardecer, tertulias en alguno de los bares próximos a la calle San Pablo donde un dueto de piano y violín solía amenizar la bohemia con vals vieneses, lecturas en las humildes cantinas de Mapocho y Matucana, "bebiendo, no en cortos intervalos, vino negro, pobre, no etiquetado", como recuerda Juan Florit, poeta entre los amigos de entonces, Fenelón y su hermano Homero Arce, quien luego sería secretario particular de Neruda, Gerardo Moraga Bustamante y el dibujante Efraín Estrada, con quienes funda la revista Ariel; querían asustar con ella a los burgueses pacatos y detenerlos en sus lecturas de los poetas antiguos. A finales de junio de 1925, el primer número, un homenaje a Huidobro, está en los quioscos y su manifiesto aparece pegado en todos los muros de la capital chilena:

"El movimiento de transición que gira en el pensamiento comienza a detenerse. Los horizontes son más claros. Hay caminos vastos encendiendo su llamado augural. Las voluntades sacuden su fiebre de humo y de sombra. Llegada ya la total renovación, los espíritus tuercen las rutas sinuosas y emprenden, firmes y altos, la marcha hacia los cantos nuevos que se dispersan entre el cielo, el mar y la tierra, como montañas nuevas y abiertas al mundo.

"Nuestro país, selva de telarañas donde sólo la naturaleza supo conquistar gloria y sostener su grito de color y de fuerza por encima de los hombres pigmeos, surca hoy nuevos derroteros en la protesta fervorosa de los espíritus libres que se empeñaron en romper el espejo apolillado de las tradiciones, a cuyo maduro reflejo sonrío sus ocurrencias la patraña señorial y paquidérmica.

"Llenos de júbilo inmenso de crear, tendiendo el arco de nuestras palabras por encima de la mediocridad y de la indiferencia, sin despojarnos de nuestra ideología libre, ni volviendo a caminos recorridos, queremos ser fuertes y jóvenes y hacer obra de exaltación y dinamismo, porque nos hemos colocado frente a la vida actual para hacer arte actual, en un impulso de andar con la hora que anda"

Pero Ariel apenas duraría otro número más. Es 1926, a los aeroplanos todavía no se les llamaba aviones, y Vicente Huidobro proclama su candidatura a la Presidencia de la República, a la que se adhieren los arielistas, en alguna ocasión únicos asistentes a los improvisados mítines que el poeta orador pronunciaba subido a un tabladillo de insolemnes cajones. Pablo Neruda es ya "un aro en llamas", ha publicado *Crepusculario*, los Veinte poemas de amor..., *El habitante* y su esperanza y *Anillos*, su voz retumba como trueno bíblico inundando todas las alcobas de la patria lírica. Rosamel lo intenta de nuevo, crea la revista *Panorama* y las ediciones del mismo nombre en las que se edita *El aventurero de Saba*, de Humberto Díaz-Casanueva con ilustraciones de Norah Borges, *Mirador*, del propio Rosamel y *Tres campanarios a la orilla del cielo*, de Gerardo Seguel. Tras dos números, regreso de nuevo a lo invisible. En la aldea de sus afinidades Novalis, Hölderlin, Rilke, Poe, Baudelaire, Verlaine y Milton, ciudadanos de otro paraíso. Con la ayuda de un pequeño diccionario de bolsillo traduce a Jean Cocteau, Louis Aragon, André Breton -años más tarde haría una magnífica versión de su *Fata Morgana*-, Guillaume Apollinaire y Paul Éluard, que serán a partir de entonces sus afinidades selectivas. De la fertilidad del olvido nacen, entre 1929 y 1944, *País Blanco y Negro*, *Poesía*, *El Joven Olvido* y *Orfeo*, una de sus obras fundamentales -que ahora ofrecemos íntegra-. Huidobro, el vigía permanente, le escribe, desde su atalaya parisina, al leer *País Blanco y Negro*: "Lo felicito con toda la sinceridad que siempre me ha caracterizado y que tantos enemigos me ha valido. Su libro tiene páginas sencillamente admirables. Es increíble que tan joven haya logrado usted una maestría semejante. ¡Qué seguridad en los trazos, qué riqueza de gama! (...) Es usted un verdadero poeta, amigo mío, y que teniendo gran riqueza de imaginación, logra ser sobrio. Cosa rara en todas partes y más en América. Su estilo alcanza grados que nunca he visto en otro escritor de la América Latina. Está usted muy por encima de otros que injustamente tienen más nombre que usted como Neruda, tan romántico y flaco, y esa pobre Mistral tan lechosa y dulzona (tiene en los senos un poco de leche con malicia) que al lado suyo parecen autores de tango".

En 1944, cierra la imprenta donde trabajaba. La consiguiente angustia económica la resuelve generosamente Homero Arce, quien le consigue un empleo en el Servicio de Correos, trabajando durante algún tiempo en la Sucursal número 8, situada en el interior del Palacio de La Moneda y en cuyas máquinas de escribir se mecanografían la mayoría de los libros de sus colegas de generación.

Rosamel es ya un poeta consciente del aliento que tienen sus interrogaciones ante la existencia y de su excursión enigmática dentro de la vida: "Comprendo perfectamente - escribe-, que el hombre tiene absoluta libertad para elegir los elementos de que puede o debe servirse, por ejemplo, para la realización de un poema o de un libro. Y aun, para afrontar con la mayor sinceridad posible las consecuencias de este esfuerzo nunca vano del todo. Pero, qué vago parece teorizar en un sentido estricto cuando, precisamente, estos elementos toman forma, estructura, sonido, de modo tan diferente en manos del hombre. De ahí el punto de partida de la videncia poética, Porque, ¿ qué es lo que distingue al poeta del resto de los seres? Nada, si no fuera por la posesión de este extraño secreto. A veces, y por lo que ello pueda importarme, creo que este secreto no es sino un débil contacto exterior o una experiencia. El calor -siempre humano, por lo demás- de este contacto, despierta al ser entre sus tinieblas. Y este despertar no puede ser representado ni invadido sino por leyes propias, en medio de una atmósfera exacta, en el centro de un clima cuya mayor dificultad no es sentirlo, sino expresarle. En esto, como en otras cosas, el sentimiento es algo secundario. Luego, me parece una experiencia cuando lo que despierta en el ser tiene que valerse de un lenguaje para dar forma a algo que desea tocar, retener, ver una vez más todavía antes que el pensamiento vuelva a su sueño.

"Por otra parte, nada más útil que creer que el poema no obedece a ley alguna y que su contenido no es en sí sino la síntesis de uno o varios sentimientos expresada de una o de otra manera. Al contrario, la poesía obedece a un esfuerzo de inteligencia, a un control vigoroso de la sensibilidad y su expresión extrae al ser del sueño en que se agita. La imagen de este otro espacio bien no puede ser real del todo. Pero entonces, ¿qué sería la poesía? Nada más irreal que la existencia.

"Cuando el pensamiento se desprende de sus raíces, el ser ve claro. Interpreta en sí el sentido de un lenguaje simbólico o mítico que desea traducir este contacto. Hace lo posible por moverse en torno a esta lucidez y ordena el golpe que viene desde el país de adonde".

En 1946 edita *Las Llaves Invisibles* y el amistoso azar le abre otra vez la puerta al destino de la mano de Humberto Díaz-Casanueva, funcionario de la Embajada de Chile en Washington, quien logra que Rosamel sea incluido entre los cinco funcionarios que las Naciones Unidas solicitan al Ministerio de Relaciones Exteriores chileno para trabajar en su sede de Nueva York. A partir de ese otoño y hasta 1962, fecha de su jubilación como funcionario del Departamento de Publicaciones de la ONU, reside en Manhattan, primero en el Henry Hudson Hotel, en la calle 57 con la 8.^a avenida, desde cuya terraza gusta de contemplar maravillado la vasta ciudad nocturna, oír las sirenas de los barcos fantasmas en el río próximo donde los enigmas derraman fuego en la soledad; luego, cerca de Times Square ("Mi sitio favorito, allí voy seguido. Una multitud inmensa noche y día. Bares estupendos, con marineros, prostitutas, soldados, artistas, ladrones, banqueros, policías, vagos, locos. Es el lugar más pintoresco de Manhattan. Pero el whisky ha subido. El más barato cuesta cuatro dólares la botella y una botella dura poco"), vive en un apartamento repleto de libros, máscaras, objetos mágicos, donde recibe a toda clase de seres, raros entre la saga hermética de los oficios, ángeles feroces en la órbita de alucinantes veladas en las que jamás se hablaba de literatura, ceremonias en las que vestido de mago, cardenal o mandarín, abría relojes, leía las manos, la oscilación de los círculos concéntricos de la conciencia arrojada al cosmos, interpretaba sueños mientras levitaba como un pez milagroso sobre el filo de una espada de marfil. Es la época en que conoce a Thérèse Dulac, de nacionalidad canadiense y funcionaria de Naciones Unidas, con quien contrae matrimonio en 1948. Durante los catorce años siguientes Rosamel se entrega severa y febrilmente a la escritura, dando a la imprenta parte fundamental de su obra conocida, los libros de poemas *Fuegos* y *Ceremonias*, *La Visión Comunicable*, *La Violencia Creadora* y *El Corazón Escrito*, un desbordante período creativo que discurre paralelo al de su escasa recepción por parte de la crítica y el medio literario chileno, en el que son otros los astros que ocupan, irradiantes en su presencia totalizadora, los planisferios celestes del país de la estrella solitaria. Aun así, algunas voces, a su vez marginadas, rescatan su impresencia desde los márgenes de la gran calumnia del silencio con la que la crítica oficial pareciera cubrir al más inoficial de sus postergados. "Poeta siempre asombrado se compenetraba con el ser del mundo" -escribía sobre él el otro gran distraído de su época, Humberto Díaz-Casanueva, autor de libros capitales en la poesía chilena contemporánea (*Réquiem*, *Los Penitenciales* y *El Sol Ciego*, libro elegíaco escrito "en la muerte de Rosamel del Valle" y con quien forma un binomio indisoluble y perfecto de la poesía chilena contemporánea)-. Siempre detrás de un velo, pero sin embelesarse, descubría lo insólito en seres y semejanzas, con algo de taumaturgo y cabalista; luego lo amalgamaba en uno de los lenguajes más poéticos, más ricos y dignos que se hayan escrito en América. Su facultad interior no lo llevaba al delirio vago sino a la experiencia primordial de lo visible magnetizado por lo invisible. (...) Pocas veces en América ha existido un creador con mayor fuerza alucinatoria, empeñado en su exigencia de ser hombre, nada más que hombre, rozando el delirio, testimoniando lo vulnerable que somos frente a crueles potestades, absorbiendo la sustancia terrestre, en una rebelión constante, y escribiendo, escribiendo, como si la poesía fuera un acto sacramental que se cumpliera al impulso de sus sueños oraculares para atisbar la totalidad huidiza de una existencia que siempre ha de requerir de redención. Pasó de la más grande fecundidad imaginativa a la reproducción un poco irónica del acontecimiento cotidiano; de la exasperación a la ternura; del lenguaje violento apretado de símbolos a la serena fluidez musical de su verso o de su prosa. Sin abstracciones, equilibrando lo angustioso con lo maravilloso, creando secuencias en un plano del lenguaje, muy cerca del inconsciente, con un ritmo parecido a la circulación de la sangre, escribía como danzando con una lámpara en las manos."

Breve sería su retorno, ya cansado y enfermo, al lugar primordial del nacimiento. No obstante, Rosamel continúa escribiendo, concluye tres nuevos poemarios: *El sol es un pájaro cautivo en el reloj*, *Adiós enigma tornasol* y *Elina, aroma terrestre*. Han pasado tres años desde su regreso a Santiago de Chile, donde muere el 22 de septiembre de 1965; había cumplido los sesenta y cuatro, cifra esquiva en la cábala de la plenitud. Él, que tantas veces había confesado su profesión ideal de astrónomo, el transeúnte hacia La isla mágica de W B. Seabrook como país definitivo para un viaje imaginario, quien en cada uno de los cuadrantes de su apasionado

círculo celeste había establecido la preferencia de su canon: Rainer Maria Rilke, Ezra Pound, T. S. Eliot, André Breton, acababa de concluir en un impremeditado azar, la traducción del poema de Allen Ginsberg "En la tumba de Apollinaire", cuyo último verso -"Estoy enterrado aquí y descanso en mi tumba bajo un árbol"-, sería también su última visión comunicable.

Inéditas hasta la fecha quedan sus novelas *Espérame en Brooklyn*, *Camino hacia Irene Heason*, *Vivirás con el horror de tu frente*, *Marry Allan va a Baltimore*, *Transfiguración* y *Cuando el Diablo estuvo en Valle Húmedo*, y las obras de teatro, nunca representadas, *La muerte en la aldea* y *Crónicas y Ensayos*, así como varios volúmenes de poemas en prosa -*Los Encandilamientos*, *Brígida o el olvido* y *Los Bellos Desastres*-, libros finales y premonitorios del índice al que habrían de estar destinados: "En aquel tiempo aprendía saber que todas las cosas van a parar al agua o al fuego. (...) Luego me eché a la espalda el recuerdo, como los muertos deben echarse a la suya la eternidad, y di una vuelta por aquel silencio que antes había sido mi casa". Han pasado cuarenta y cinco años desde su muerte y un siglo de su nacimiento, la obra de Rosamel del Valle prácticamente ha residido en el olvido, su casa llena de lagartos, sus libros leídos por los ácaros, su memoria un tren de invierno que pareciera llevarlo hacia ninguna parte. Rosamel, consciente del poco reconocimiento que suscita su obra, escribe días antes del tránsito final en carta a un amigo: "Mi situación sigue igual, con algunas desesperaciones cuando pienso en el mañana. Pero el mañana siempre es la muerte. Lo peor es que no es tan fácil morir. Oscuridades, divagaciones, carencias de fortaleza, no sé. Creo que estoy demasiado seducido por la fatalidad. Espero un milagro. ¿Por qué no?". Durante esa larga espera, en el enigmático vínculo que une el destino con la verdad poética, no ha faltado el joven asombrado, el secreto lector de su tinta invulnerable, que no oyera desde alguna lejana geografía la rama de silbidos de su frente. Gastón Baquero anhelaba poder publicarle en España en esta colección- alguno de sus libros y daba entre sus amigos permanentes pistas con las que propiciar el rescate; para muchos jóvenes poetas chilenos se ha convertido ya en un autor de culto; su noticia conjura ahora su desaparición, devolviéndonos desde la silenciosa casa de ceniza su mágica presencia: "Porque todavía es posible leer en alguna parte: "El hombre que sueña es un peligro vivo". Y bien, el mundo está lleno de peligros vivos y ningún aire es más aire que el que rodea a este hombre: ninguna luz es más luz que la que conduce a este hombre; ninguna obscuridad es más obscuridad que la que escucha a este hombre; y ninguna vida, ni ninguna muerte son más bellas que las que atraviesan a este peligro vivo que va por el mundo despertando la nostalgia infinita de sus semejantes. He ahí realmente a quien es digno de sentarse a la mesa en compañía de la muy bella realidad y de la muy bella ilusión". Memoria del insobornable, paciencia del dormido excéntrico: ahora un paso, un salto. Bien, dejemos así las cosas para comenzar y echemos el corazón a la prueba del fuego. De él, por él, sabemos desde entonces que nada más bellamente ilegal que la poesía.